

LOS CUATRO MÁRTIRES DE BUGOBE:

Un grito que no podemos silenciar



El martirio de los cuatro hermanos de Bugobe supuso un gran revuelo mediático en el que me vi envuelto. Tuve que esperar que pasaran unos días para poder dar nombre a todo lo vivido, a todo lo que sentía, e intentar leer estos acontecimientos a la luz serena de Dios.

Primera reacción

- Sentí rabia, mucha rabia por ese asesinato, y ganas de llorar. Me repetí muchas veces ese “por qué” con que frecuentemente nos interrogamos ante lo que no entendemos o no cuadra con nuestros criterios y la manera humana de pensar.
- Sentí, a la vez, orgullo y gozo a medida que fui captando la grandeza de su martirio. Me sentí alegre, feliz de pertenecer a una familia religiosa que produce personas de esa talla humana y espiritual.

Ante este doble sentimiento, me vinieron a la mente las palabras de Jesús: *“¿Con quién compararé a la gente de esta generación? ¿A quién se parecen? Son como esos niños que se sientan a jugar en la plaza y se gritan los unos a los otros: ‘Tocamos la flauta y no bailáis; cantamos baladas tristes y no lloráis’* (Lucas 7, 31-32).

Esas palabras de Jesús me hicieron sentir miedo; miedo a caer en la indiferencia, en el endurecimiento de corazón que va perdiendo sensibilidad. No son sólo lágrimas por los hermanos de Bugobe, sino por el largo desfile de los emigrantes, de las víctimas de violencia, de la pandemia, de la injusticia, del abuso... No es sólo la alegría de contemplar el valor de nuestros mártires, sino la de tantos testigos silenciosos que nos tocan cada día la flauta de la generosidad, de la entrega, de la paciencia, del servicio desinteresado...

Cuando las tristes baladas ya no nos hacen llorar, cuando las flautas alegres ya no mueven nuestros pies para la danza de la misión, es que nos hemos vuelto como los niños de la plaza: apáticos, impasibles e indolentes.



Segunda reacción

- Me sentí profundamente interpelado por el ejemplo de los cuatro hermanos, por su testimonio. Los conocía, y había convivido especialmente con Miguel Ángel y con Julio. Sabía sus valores y sus limitaciones, pero sólo de lejos pude intuir su grandeza de espíritu. Su ejemplo, su testimonio, me interpelaban entonces y me siguen interpelando ahora, 25 años después.
- Nacieron en mí sentimientos similares en la doble ceremonia de beatificación de nuestros hermanos mártires de España, en la de nuestro Henri Vergès, en Argelia, y en los gestos valientes de nuestros profetas de hoy... No sólo los de las grandes heroicidades, sino los de la entrega amorosa y el servicio callado en la rutinaria monotonía del quehacer diario.

Y una parábola del evangelio venía una y otra vez a mi mente. La del rico condenado por su egoísmo ante el pobre Lázaro (Cf. Lucas 16, 19-31) que no tenía derecho ni a recoger las migajas caídas de la mesa.

Cuando ambos están en el más allá, uno en el cielo y otro sufriendo en el fuego, el rico grita que permitan a Lázaro volver a la tierra y prevenir a su familia: *“Tengo cinco hermanos; no quiero que les pase como a mí”*.

La voz de Dios resuena con firmeza: *“Tienen a Moisés y a los profetas; si no los escuchan, aunque un muerto resucite y les hable, tampoco creerán”*.

Los cuatro Hermanos de Bugobe han sido y siguen siendo nuestros profetas, con su vida y con su muerte. Y muchos otros con ellos. No podemos dejar de escucharlos ni permitir que se apague su grito.

